

pendiese su ira en orden a dicha plaga; y habiéndose ejecutado por Agustín, niño, salió en él *Nuestra Señora del Campo* que quedó por el mismo hecho votada por este Cabildo por su Abogada y Patrona contra la plaga del polvillo..." (Cf. *Cabildos de Santafé de Bogotá*, pág. 131).

El 15 de diciembre de 1703 "octava de la Inmaculada Concepción a las 10 de la mañana" se dio principio a la bendición de la Iglesia de La Candelaria con sus ritos y ceremonias dispuestas por la Iglesia y la hizo el señor doctor don Nicolás Flórez de Acuña... Provisor y Vicario General en Sede Vacante. Cuando se comenzó a hacer la mortuoria del Arzobispo fueron entregados a la Catedral diversos objetos; copiaremos lo que disponen las actas del Capítulo acerca de varias alhajas que hoy aún se conservan en la Basílica.

El 12 de junio de 1705 resolvieron los Capitulares "para cumplir mejor la voluntad de dicho Ilmo. señor Arzobispo, de los dos pectorales el uno de cristal con cantoneras de oro y piedras esmeraldas y el otro de esmeraldas y de oro esmaltado, se ponga desde luego en la custodia de filigrana de plata este..." El 23 de febrero del año siguiente se recibió "el santo Cristo de marfil con su cruz de ébano peaña dorada y tres cantoneras de plata"; luego se habla de "los quince cuadros del apostolado, que se pongan en la Sala Capitular".

Sabemos también por el testamento que el Arzobispo legó a la Catedral "una lámina de San Jerónimo, con marco de ébano y cantoneras de plata".

Hemos encontrado, por último en las actas Capitulares de esta Sede Vacante una descripción del Altar Mayor de la Catedral en ese entonces por demás curiosa, he aquí lo pertinente: "Por cuanto el señor doctor don Salvador López Garrido, Arcediano de la dicha Iglesia... ejercitando su devoción y celo del mayor culto de Dios Nuestro Señor ha hecho fabricar a su costa un Sagrario grande de madera en el que se coloque a Nuestro Señor Sacramentado y sobre dicho Sagrario un nicho para la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, adorándole a los lados ángeles de bulto, y diferentes arcos muy bien labrados, cuya obra por su arte, primor y aseó ha dado realce al altar mayor, de la dicha santa Iglesia, y lo tendrá mayor estando dorado..." (Acta de 23 de abril de 1706). El 14 de mayo los Capitulares "habiendo reconocido ser muy preciso el aderezo del tabernáculo desta Santa Iglesia, y haber recomendado al Licenciado don Jácome de Oliveros como persona inteligente que formara una monteá (sic) para dicho aderezo, quien la mostró en dicho Cabildo... se ordenó al Juez de las rentas decimales diera "todas las cantidades que de este efecto parecen en su poder..."

PRESENCIA DE BOLÍVAR EN BOGOTÁ

Por JULIO CESAR GARCIA

Miembro de la Academia Colombiana de Historia y profesor de Cátedra Bolivariana en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Siempre que he de referirme a Bolívar me veo sobrecogido de temor ante la evidencia de la desproporción entre la inopia de mis palabras y la magnitud estelar del objeto.

En Bogotá se le vio por la primera vez el 12 de diciembre de 1814, cuando calle por calle y casa por casa tomó la ciudad, después de un cruento asedio de doce días, muchos de cuyos incidentes son narrados por José María Caballero en su diario de *La Patria Boba* y dieron lugar al poema *Santafé cautiva* del clérigo realista José Antonio de Torres y Peña, quien con esta diatriba puso uno de los primeros bloques al pedestal de la estatua heroica en que las sucesivas generaciones han venido contemplando la grandeza de Bolívar. A pesar del vilipendio y de la excomunión que contra él lanzaron los gobernadores del arzobispado por supuestas intenciones y calumnias aviesas, anatema que en justicia hubieron de levantar cuando se persuadieron de la conducta humanitaria y religiosa del jefe de los ejércitos de la Unión, el Libertador se mantuvo siempre fiel al propósito manifestando al aceptar en Tunja el comando de la campaña, de dirigirla "con el amor que profesó a la Nueva Granada, a la que consagro todos mis servicios y mi vida misma por salvarla de las calamidades espantosas que amenazan volverla de nuevo a su antigua servidumbre." Desde el campamento de Techo escribía el 8 de diciembre: "Ciudadanos de una misma república, profesando la misma sublime religión de Jesús, compañeros de armas, de causa y de origen, no debemos derramar la sangre de una ciudad hermana, protectora de la libertad de Venezuela, orgullo del país, fuente de las luces y cuna de ilustres varones..." "El cielo me ha destinado para ser el libertador de los pueblos oprimidos y así jamás seré el conquistador de una sola aldea"... "Nuestro objeto es unir las masas bajo una misma dirección, para que nuestros elementos se dirijan todos al fin último de restablecer al Nuevo Mundo en sus derechos de libertad e independencia." Y en carta al ex oidor don Juan Jurado,

al día siguiente: "Mi alma está despedazada con la sola contemplación del temor de ver reducida a la nada una ciudad hermana de Caracas y madre de algunos libertadores de Venezuela."

"Santafé vio en su recinto a sus vencedores, hermanos y amigos", porque eran los mismos que lo habían acompañado a dar libertad a Venezuela, en asocio de la flor de la juventud granadina formada en los claustros del Rosario y de San Bartolomé, entre los cuales habían ido Atanasio Girardot, el héroe del Bárbula y Antonio Ricaurte, mártir de San Mateo; santafereños eran de aquella legión de cíclopes Luciano D'Eluyar, Hermógenes Maza, José María Ortega, Antonio, Joaquín, José María y Manuel París, Ambrosio Plaza, José María Ricaurte, Francisco de Paula Vélez.

En carta a Nariño, fechada en Cúcuta el 10 de mayo de 1813, le decía Bolívar: "Con su capital a la cabeza, la Nueva Granada dio el más hermoso espectáculo de la guerra sobre el teatro del Nuevo Mundo, el de ver concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Confederación Granadina al restablecimiento, libertad e independencia de la extinguida república de Venezuela sin otro estímulo que la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastran sus compatriotas y sin más esperanza que el premio que da la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia." El más ilustre de los hijos de Bogotá y Precursor de la Independencia, don Antonio Nariño, era quien, como Presidente de Cundinamarca, había enviado aquel valioso contingente para la libertad de Venezuela; por eso mismo y con justa razón le envió Bolívar desde Caracas, el 4 de mayo de 1814, la venera de la orden de los libertadores, a la vez que lo presenta a la faz de América entera como "un libertador de Venezuela, de los más sinceros amigos que numera mi patria, cuya singular protección contribuyó esencialmente a redimirla del poder español."

No tuvo el Padre en su primera entrada a Bogotá la satisfacción de conocer a Nariño, quien para entonces iría rumbo a la prisión de Cádiz, de donde vino a salir en 1820 como consecuencia de la revolución de Riego y Quiroga, que a su vez lo fue del triunfo de Bolívar en Boyacá. El 24 de marzo de 1821 le escribía el Libertador desde Achaguas: "Con transportes de satisfacción he visto la nota que en 25 de febrero me dirigió V. S. avisándome su arribo a Colombia, y ratificando sus antiguos sentimientos y devoción a la República. Entre los muchos favores que la fortuna ha concedido últimamente a Colombia, cuento como el más importante el de haberle restituído los talentos y virtudes de uno de sus más célebres e ilustres hijos. V. S. merece por muchos títulos la estimación de sus conciudadanos, y muy particularmente la mía. Celebraría infinito que acelerase V. S. su marcha, y me anticipase lo posible el placer de saludarle y estrecharle por la primera vez entre mis brazos. No es la amistad sola la que me instiga estos deseos, el bien de la patria se mezcla también en ellos. Ocupado en estos momentos de negociar la paz con los comisionados españoles, y de instalar el primer congreso general de Colombia, las noticias y luces que V. S. pueda suministrar-

me facilitarían el término de estas transacciones." Efectivamente lo nombró vicepresidente de Colombia para que viniera a instalar el congreso de Cúcuta; una vez expedida la constitución lo señaló como uno de los candidatos para continuar en la vicepresidencia y tuvo palabras de aliento y deferencia para con él en las contrariedades que le ocasionaron sus disputas con el general Santander. Los testimonios del aprecio de Bolívar constituían el mejor respaldo para el Precursor, y aún en la carta fechada en Guayaquil el 30 de mayo de 1823, escrita "con modo" según decía el mismo Libertador al vicepresidente, para que Nariño no la publicara, es muy cordial la amistad que le declara y muy expresivo el juicio sobre los infortunios que formaron la aureola de la grandeza de Nariño: "Ya que usted tiene la bondad de decirme que desea venirse donde mí, me apresuro a contestarle que tendré mucha satisfacción de ver a usted a mi lado, o en cualquier otra parte en que usted quiera establecerse de estos países en que yo habito actualmente. Añadiré, con la franqueza que tengo siempre, que usted haría muy bien en venirse al sur a vivir en tranquilidad y sosiego, mientras se calman las cosas que lo molestan en Bogotá. La edad de usted, tan digna de respeto, bien exige tranquilidad y paz para terminar de un modo menos turbulento una vida tan aciaga como la que a usted ha cabido."

La primera estada del Libertador en Bogotá y como huésped en el palacio del marqués de San Jorge, se prolongó hasta el 23 de enero de 1815, fecha en la cual salió en dirección a Santa Marta después de lanzar una alocución en la cual juró de nuevo libertar la América Meridional por el honor que adorna a los libertadores de la Nueva Granada y Venezuela. "Ofrezco mi vida como último tributo de mi gratitud, o hacer tremolar las banderas granadinas hasta los más remotos confines de la tiranía." En otro aparte dijo: "La justicia es la reina de las virtudes republicanas y con ella se sostienen la igualdad y la libertad."

La segunda entrada del Libertador a la capital ocurrió el 10 de agosto de 1819, tres días después de la batalla de Boyacá. Se desmontó en la plaza de San Victorino, casa de doña Genoveva Ricaurte de París, esposa del español independiente don José Martín París, madre de los próceres Antonio, Manuel, José Ignacio, Mariano y Joaquín París, suegra del mártir José Ignacio Vargas y abuela de Dolores Vargas París, futura esposa del general Rafael Urdaneta, nombres todos vinculados por el efecto y por la gloria con el de Bolívar. Doña Genoveva llevaba la misma sangre del héroe de San Mateo y del general Joaquín Ricaurte; había nacido en Medellín del matrimonio de don Rafael Ricaurte y Terreros y doña María Ignacia Mauriz y Posada; en la época del terror había sido desterrada a Facatativá y en todo tiempo dio clarísimos ejemplos de patriotismo y fortaleza.

En la misma noche de su llegada, después de haber comido en casa de la señora Ricaurte, se trasladó el Libertador a la casa de Gobierno, antiguo palacio virreinal, situado en la acera nor-occidental de la Plaza Mayor, frente a la catedral; esta casa que el viajero

francés Molien describe con sus "escaleras sin nobleza, galerías bajas y sin gusto", era propiedad de don José Sanz de Santamaría, arrendada en 1826 a razón de \$ 150.00 mensuales. Allí fue recibido Bolívar a su regreso del Perú a fines de 1826, pero esa misma noche se trasladó a su quinta; los terremotos de 1826 y 27 arruinaron esa antigua morada y desde 1828 habitó el Libertador el palacio de San Carlos.

La quinta de don José Antonio Portocarrero, situada al pie de Monserrate, fue comprada por el Gobierno a sus herederos en 1820 por la suma de \$ 2.500,00 para obsequiarla al Libertador. Allí habitó en enero de 1821; de noviembre a diciembre del mismo año; los diez días que permaneció en Bogotá en 1826; a su regreso de Caracas en 1827 y después del 25 de septiembre de 1828. En 1830 hizo donación de esta propiedad a su amigo don José Ignacio París y de los herederos de éste pasó a la municipalidad de Bogotá en 1919 gracias a la patriótica intervención y a la generosidad de dos ilustres miembros de la Academia de Historia, los doctores Raimundo Rivas y Alfonso Robledo. Confiada a la diligencia y cuidado de la benemérita Sociedad de Mejoras y Ornato y a la lealtad de los bogotanos, es un santuario de la patria y, en concepto de extranjeros y viajeros ilustres, aquel en que se siente con mayor intensidad la presencia y el espíritu de Bolívar, aun más que en la casa natal de Caracas, restaurada en 1921 con ocasión del centenario de Carabobo y en cuya inauguración pronunció el Padre Carlos Borges la inspirada oración que es uno de los más bellos monumentos literarios erigidos en honor del Libertador; todavía más que en la quinta de la Magdalena en Lima, espléndido museo bolivariano y sanmartiniano que recuerda los días más gloriosos del Genio de América y aquellos en que se adormecía "apurando el hechizante filtro hasta las heces, del Rimac en las márgenes floridas"; y también, si se quiere, más que en la quinta de San Pedro Alejandrino, por la cual participa Santa Marta de la universalidad del nombre de Bolívar.

La casa del antiguo Seminario de San Bartolomé, después de la expulsión de los jesuitas en 1767 fue biblioteca pública y allí murió el fundador de nuestro periodismo don Manuel del Socorro Rodríguez en 1819; en 1822 la compró don Juan Manuel Arrubla, quien en 1828 la cedió nuevamente en venta al Gobierno por la suma de \$ 70.000. A su regreso de Bucaramanga en junio de 1828 habitó el Libertador el palacio de San Carlos, donde apuró la copa de los desengaños en la nefanda noche septembrina.

Al retirarse de la Presidencia el 1º de marzo de 1830 se trasladó a la quinta de Fucha, de propiedad del vicepresidente general Domingo Caycedo, donde permaneció tres semanas. Esta quinta fue destruída por las llamas el 9 de abril de 1948.

Los últimos ocho días de la permanencia de Bolívar en Bogotá transcurrieron en la casa del general Pedro Alcántara Herrán, "el mejor amigo que tengo en Bogotá", escribía al general Páez; estaba situada frente al antiguo convento y colegio de *La Enseñanza* (calle

11 entre carreras 5ª y 6ª), de donde salió el 8 de mayo de 1830, rodeado por las autoridades y por algunos amigos.

Entre éstos seguramente estaría don José Ignacio París, quien poco después adquirió en arrendamiento el derecho a la explotación de las minas de esmeraldas de Muzo y acumuló una cuantiosa fortuna, gran parte de la cual invirtió en obras de ornato para Bogotá y en primer término en la erección del magnífico monumento al Libertador, confiado a la maestría del gran escultor italiano Pietro Tenerani e inaugurado el 20 de julio de 1846 en un acto solemnísimos en que llevó la vocería de la nación el presidente General Tomás Cipriano de Mosquera.

Cupo a otro bogotano insigne, justamente calificado como "la primera virtud y la primera ilustración de Colombia", el sabio humanista y presidente de la república don Miguel Antonio Caro, realizar en una poesía inmortal la exégesis del soberbio monumento. Con exactitud se ha dicho que en la oda de Caro se suman tres grandezas: la del héroe epónimo, la del escultor y la del poeta.

Síntesis de la espiritualidad y de la fineza del espíritu bogotano fue José Asunción Silva, el primero de los modernistas de América, quien pulió también con arte exquisito un bello poema a la estatua de Tenerani y expresó en él toda su admiración por el genio y la gloria de Bolívar.

Y ya que de los intérpretes de la vida y del pensamiento del Libertador estamos hablando, no podríamos omitir en ningún caso los nombres de dos príncipes de la oratoria sagrada, rectores ambos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuyas vinculaciones con el Padre de la Patria constituyen otro punto de referencia de inagotable fecundidad para el estudio bolivariano: Monseñor Rafael María Carrasquilla, nieto del General José María Ortega y de la heroína venezolana doña Mercedes Párraga, quien acuñó para la inmortalidad el testimonio de que Bolívar era "el mayor amor de su vida después de Dios, y al par de la Patria y de los padres"; y Monseñor José Vicente Castro Silva, autor de un denso ensayo sobre la tristeza de Bolívar y de la oración fúnebre aplaudida estruendosamente en la Basílica de Bogotá con ocasión del centenario de la muerte del Libertador, a quien calificó como: "alarde valentísimo de la magnificencia divina".

Ni olvidemos que fue también hijo de Bogotá, aunque de origen italiano y formación francesa, Jules Mancini, cuya obra "Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815" fue laureada por la Academia Francesa con el premio Marcellin Guérin. Desgraciadamente no alcanzó a coronar la empresa de una biografía completa, que iba en vía de ser la interpretación más fiel de aquella existencia portentosa.

En 1883, con ocasión del centenario del natalicio del Libertador, se inauguró el Parque del Centenario, dividido hoy en dos pequeños jardines por el ensanche y prolongación de la carrera 10ª; desafortunadamente no se conservó la glorieta, con la esbelta arquitectura de

estilo clásico que recordaba el templo de Vesta en Roma y en el centro del templete la reproducción de la estatua de Tenerani.

En 1910, centenario del 20 de julio, se inauguró el Parque de la Independencia y en él la estatua ecuestre de Bolívar, obra del escultor francés Fremiet.

Quedan también algunos bustos de mérito, dos de ellos debidos al cincel de Tenerani y a la devoción y generosidad de don Pepe París, que se conservan en el Palacio Presidencial y en el Banco de la República y otros en la Quinta de Bolívar y en la Academia de Historia.

Pero la efigie del escultor Tenerani lleva la palma entre todas las que prolongan en el espacio y en el tiempo la memoria del Padre de la Patria; si las de otras capitales la superan en volumen y magnificencia ninguna alcanza a traducir la grandeza de Bolívar con la fidelidad de este bronce. Bien dijo el poeta:

“Libertador: Delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar sin que otra esfera se levante,
y te llore, y te cante,
con pasmo religioso, en himno mudo.”

En esta matriz prolífica de la historia de Colombia está en su sitio la estatua de Bolívar como emblema y talismán de la ciudad procerca que lo vio entrar varias veces

“Bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales.”

Después de Boyacá llegó inesperadamente sin dar lugar a que se le recibiera con los honores del triunfo. Pero al día siguiente empezaron las demostraciones de alegría y de gratitud y antes que regresara a Venezuela dispusieron las autoridades para el 18 de septiembre un homenaje solemne. El Libertador con su estado mayor y los cuerpos del ejército partió de la plazuela de San Diego hasta San Agustín por la hoy carrera 7ª, para regresar por la 8ª a la plaza mayor, donde se había dispuesto un gran tablado en forma de anfiteatro, con un amplio solio de damasco tricolor. El historiador Groot, testigo presencial, refiere: “Una lluvia incesante de flores descendía de los balcones y ventanas sobre las cabezas de los libertadores, al tiempo que un vivísimo repique de campanas en todas las torres hería los aires y con el golpe de música marcial aumentaba el gozo y el contento. Ya no era la campanilla de la Veracruz ni el tambor con sordina del ángel de la muerte, lo que se oía por la calle real. Todas las miradas se dirigían primeramente a descubrir al Libertador, después a sus dos ilustres camaradas (Santander y Anzoátegui) y hasta los últimos soldados con entusiasmo, con el más vivo interés, con orgullo y complacencia. . . Hasta el cielo tomó parte en aquella manifestación, pues en un ambiente sereno sirvió de cúpula el gran

dombo del blanco y azul. . . Qué momento aquel. En esa gran línea de señoras se veían las esposas, las madres, las hijas, las hermanas de aquellos patriotas fusilados no mucho tiempo hacía en esta misma plaza y plazuelas de la ciudad. Pocas serían las personas presentes que no hubiesen tenido que llorar por los suyos o padecer por sí mismas”. . . “Veinte jóvenes doncellas de las familias más distinguidas vestidas de blanco al estilo de las estatuas romanas, se presentaron con una rica bandeja de plata que contenía la corona de laurel y las cruces condecorativas; eran ellas: Dolores Vargas París, ya nombrada, huérfana del doctor José Ignacio Vargas (El Mocho) sacrificado por Morillo, y futura esposa del general Urdaneta; Nieves Pinzón, Bernardina Ibáñez, la beldad predilecta del Libertador, quien la llamaba “la melindrosa y más que melindrosa bella Bernardina”, en carta de Cali de 5 de enero de 1822, esposa más tarde del doctor Florentino González; Josefa Navarro, Josefa Santamaría Baraya, casada con don Luis Montoya; Josefa Arce, Francisca Ortega, sobrina de Nariño y hermana del general José M. Ortega; Rosa Domínguez Roche, más tarde esposa de don Pedro Gual, Ignacia Briceño, Mariquita Roche, que sería esposa del General Joaquín París; Dionisia Caycedo, hermana de don José Caycedo Rojas y esposa de don José Ignacio Rovira; Liberata Ricaurte, Rita París, hija de don Martín y doña Genoveva Ricaurte; Marcelina Andrade, Dolores Rivas, Clara Angulo, Josefa Benítez, hija del mártir doctor Emigdio Benítez, y Rosa Rubio. Se conserva el discurso de la señorita Dolores Vargas París, que arrancó lágrimas a todos los circunstantes, empezando por el mismo Libertador, cuyas frases de agradecimiento eran entrecortadas por los sollozos.

Siempre que las circunstancias lo demandaban demostró el Libertador su gratitud a las esposas e hijas de los servidores de la Patria o de quienes en alguna forma habían coadyuvado sus empresas. Así lo hizo con doña Manuela Arias de Ibáñez, viuda del prócer Miguel Ibáñez y madre de Nicolasa y Bernardina, al hacerle donación de una casa en Bogotá por escritura pública de 27 de noviembre de 1821. Ni se olvide la noble carta de 6 de noviembre de ese mismo año para el vicepresidente Santander en relación con la ilustre matrona bogotana doña Francisca Prieto y Ricaurte, esposa de Camilo Torres: “La viuda del más respetable ciudadano de la antigua República de la Nueva Granada se halla reducida a una espantosa miseria, mientras yo gozo de treinta mil pesos de sueldo. Así, he venido en ceder a la ciudadana Francisca Prieto mil pesos anuales de los que a mí me corresponden. En consecuencia sírvase Vuestra Excelencia ordenar se le satisfaga la mensualidad correspondiente, descontándose a mí.”

En Bogotá se descontaban de sus sueldos varias asignaciones para viudas o huérfanos de otros próceres, entre ellas, circunscribiéndose a las más vinculadas con esta ciudad, doña Marcelina Lago, viuda del doctor Joaquín Camacho y primera directora del Colegio de La Merced en 1832, \$ 80.00 mensuales; doña Josefa Baraya Ricaurte, hermana del mártir Antonio Baraya y esposa de don Panta-



león Sanz de Santamaría, \$ 400.00 anuales; doña Genoveva Ricaurte de París, ya nombrada, \$ 300.00; doña Gabriela Barriga, viuda de don Antonio Villavicencio y segunda esposa de don Juan Esteban Ricaurte, padre del héroe de San Mateo, \$ 200.00; doña Mariana Ortega, viuda del doctor Crisanto Valenzuela, \$ 200.00; Rosa Gertrudis y Jacinta Párraga, hermanas de la heroína de Valencia doña Mercedes Párraga de Ortega, \$ 1.000.00, etc.

Ponderando en un arranque de su natural elocuencia los servicios de la mujer a la causa de la emancipación decía: "La mujer... la mujer... nuestros antepasados la consideraban inferior al hombre, y nosotros la consideramos nuestra igual... unos y otros estamos grandemente equivocados, porque la mujer nos es muy superior... Dios la ha dotado de gran perspicacia y sensibilidad y ha puesto en su corazón fibras delicadísimas, cuerdas muy sensibles a todo lo noble y elevado. El patriotismo, la admiración y el amor hacen vibrar esas cuerdas, y de ahí resultan la caridad, la abnegación y el sacrificio... Los patriotas se han comportado a maravilla, pero este era su deber. Pero sobre todo esto brilla el caluroso sentimiento patriótico de las señoras con el cual han devuelto a un montón de hombres descorazonados y vacilantes su antiguo brío, su impetuoso valor y sus muertas energías; y todavía más: les han devuelto la fe. Sin este milagro los españoles nos habrían arreado como a un rebaño de corderos. Pero no sucederá eso: una causa que cuenta con tales sostenes, es incontrastable, y un ejército impulsado por tales estímulos es invencible" (Reminiscencias del doctor Andrés M. Gallo).

En forma esquemática he esbozado lo que pudiera ser un cursillo sobre la presencia de Bolívar en Bogotá. "Mi querida Bogotá" como se refería a esta ciudad, "hermana de Caracas y madre de algunos libertadores de Venezuela". Quedan por desarrollar las relaciones de Bolívar con los hijos de esta capital, entre los cuales llegó a calificar la amistad del doctor Estanislao Vergara como "más pura que la luz del sol". Las lecciones que de este cotejo se desprenden pueden ser un vademecum de rectitud y patriotismo, pues en ellas aprenderemos que "el talento sin propiedad es un azote", según escribía desde aquí el 8 de octubre de 1828 a Francisco Carabaño: "Me es tan natural preferir la salud de la República a todo, que cuanto más sufro por ella, tanto más placer interior recibe mi alma". "El poder sin la virtud es un abuso y no una facultad legítima." "La impunidad de los crímenes deshonorra al gobierno que los tolera."

Pero basta. En la orilla de este océano de la sabiduría política y del buen gobierno podríamos abreviar indefinidamente y hallar la clave de la felicidad para la República. Renovemos el voto de lealtad a la doctrina del Padre, si queremos merecer el legado de su magisterio inmortal.

EL GENERAL AGUSTÍN CODAZZI

Por EDUARDO ACEVEDO LATORRE

Profesor de Geografía Económica del Instituto de Estudios Económicos Colombianos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

El 7 de febrero de 1959 se cumplirá un siglo de la desaparición del General Agustín Codazzi, prócer de la Independencia e ilustre geógrafo a quien tanto debe el país. Los últimos diez años de su vida los consagró por entero al conocimiento detallado de Colombia hasta que, en pleno trabajo y ya al final de su labor, cuando trataba de alcanzar las alturas de la Sierra Nevada de Santa Marta, agobiado por enfermedades adquiridas en sus constantes viajes, rindió su vida al amparo de la selva, muy cerca del pequeño caserío del Espíritu Santo, en el Departamento del Magdalena (1).

Codazzi llegó a Colombia en condiciones bien extrañas. Pasado el triunfo de Boyacá, el Almirante Aury, quien comandaba la escuadra libertadora en aguas del Caribe, quiso enviar un mensajero al interior del país, a fin de que se entrevistara con Bolívar y pusiera a su disposición sus naves gloriosas como para que sirvieran de base y comienzo de la nueva marina de guerra de la naciente república. Para esta comisión, un tanto azarosa y difícil, fue elegido el joven oficial Agustín Codazzi que desde Italia había venido a luchar por la libertad del Nuevo Mundo. Un barco lo condujo hasta las bocas del Atrato y allí lo dejó a su propia iniciativa, ya que por otro sitio era imposible llegar hasta el interior, por encontrarse aún extensas zonas en manos del enemigo.

Las proezas y penalidades de aquel viaje tomaría tiempo narrarlas; baste recordar lo que han sido siempre aquellas tierras choconas bravías, de selva tropical y que en ese tiempo carecían de todo medio de transporte. Solo, remontó el Atrato y atravesó la cordillera occidental por inverosímiles trochas hasta encontrar las orillas del Cauca. Al llegar a Cartago, para emprender el ascenso de la cordillera central, tropezó con un joven y valeroso oficial del ejército libertador: Tomás Cipriano de Mosquera. Al ver éste el estado en que se

(1) Recientemente este caserío fue elevado a la categoría de Municipio con el nombre de Codazzi.